

SAN JUAN DE LA CRUZ: CONTEMPLACIÓN SUBVERSIVA

Introducción

1. **Contemplación no es eso ni esotro**
2. **Contemplar es crear lazos: aprender a relacionarse**
 - a. **El primer lazo**
 - b. **Algunos verbos**
 - c. **Los lazos se dan entre personas**
 - d. **El lazo que recoge**
3. **Contemplar es prender sin hacer presa**
4. **La contemplación: un camino para todos, un camino para hoy**

Conclusión

INTRODUCCIÓN

En esta charla me gustaría compartir algo de lo que Juan de la Cruz propone como una vida contemplativa cristiana y no me refiero a lo que en la Iglesia hemos dado en llamar vida contemplativa, de la cual yo formo parte, sino a una existencia contemplativa, a un modo de ser, estar y de vivir.

El título resultaría un poco pretencioso si tuviéramos la intención de presentar muchas novedades o descubrimientos hechos por mí, acerca de la contemplación sanjuanista. La novedad la trae el Santo por sí mismo. A través de sus escritos seguimos recibiendo noticias no atisbadas antes que son noticias de vida, noticias que ayudan a vivir, siquiera porque algo renace en nosotros al descubrir las cosas con mayor profundidad.

Mi deseo es, pues, hacer una lectura de la palabra de Juan de la Cruz en voz alta. Para mí sólo es posible hacerlo desde una doble mirada: la que presta la convivencia, el vivir en compañía habitual con él, y la de haber experimentado algo de lo mucho, ese *no sé qué* que puede sentirse y saberse por amor aunque falte, como por mi parte falta, el ejercicio de la teología escolástica, que diría el Santo, es decir, sistemática y académica; la mía será, más bien, una mirada viajera y enamorada que recorre bajo su lumbre el camino.

El Santo es lo que santa Teresa siempre deseó que fueran los acompañantes: alguien que «saca a volar». Alguien que ayuda a soltar los cerrojos que impiden gozar de la sabrosa contemplación (cf. 2N 6, 3). Juan de la Cruz ayuda a abrir las puertas, a correr los pestillos. Parece que no lleva bien esta tendencia nuestra de encerrarnos tantas veces, se le hace insostenible pensar que la vida de sus semejantes puede convertirse en un pan sin sal.

Una palabra previa

Una palabra previa sobre algo insoslayable al acercarnos a Juan de la Cruz. Se trata de esas *actitudes pasivas*, así podríamos llamarlas porque son don y disposición a la vez, que son la fe, el amor y la esperanza.

Salir del ámbito teológico andando con Juan de la Cruz es verdaderamente difícil, por no decir imposible. Tampoco nos interesa salir de este ámbito sino bien al revés. Con su experiencia contemplativa, el Santo propone recuperar la teologalidad que nos define como personas antes que como cristianos, recobrar aquello más deseable de

nosotros mismos, ese mejor yo de cada uno capaz de amar, de confiar y de vivir con esperanza.

Lo vemos rápidamente con tres textos del Cántico:

«El fin porque el alma deseaba entrar en aquellas cavernas era por llegar a la consumación de amor de Dios... a la igualdad de amor con Dios... porque el fin de todo es el amor...» (38).

«Y allí nos entraremos... no dice entraré yo sola... sino entraremos, es a saber, yo y el amado, para dar a entender que esta obra no la hace ella, sino el esposo con ella» (37).

«Y de tal manera es ya aquello de la tal alma propio, que en ningún caso ni contraste alto ni bajo bastará a quitárselo para siempre, sino que aquello para que Dios la predestinó sin principio vendrá ella a poseer sin fin» (37).

Ahí se sostiene con firmeza el rumbo del azaroso camino de la vida, discurra éste por donde discurra. Tantas situaciones de nuestra vida en las que la noche toma cuerpo. Puede ser noche íntima, puede que sea noche de injusticia que lastima a tantos seres humanos, puede ser noche de desorientación y de falta de sentido, de desamparo; puede ser noche en la madre tierra agotada y puede ser noche, como un desierto que avanza, en la madre iglesia.

En esos tres textos aparece un camino en el que el amor ofrece sentido perenne, un camino de confianza en un Dios que hace de avanzadilla siempre, que es nuestra avanzadilla, que obra, que lleva el peso de la jornada de esta vida; y la inquebrantable esperanza no de un final feliz, que también, sino sobre todo, la esperanza de que no hay fatalidad ni ocasión que pueda estropear el regalo que llevamos en las entrañas, «la felicidad para que Dios la predestinó» (C 39, 9). Es un principio permanente de nuestra esperanza que Dios, dirá el Santo, «todo lo ama por sí» (C 32, 6) y nuestro comportamiento, personal y colectivo, no dicta ni condiciona el suyo¹.

Una propuesta

Con esto podemos asomarnos a la subversión contemplativa que el Santo propone. La tónica de esta subversión está más en incluir que en descartar. Así, no elimina la quietud, pero la sumerge en el movimiento; no elimina el silencio, pero lo despliega en la relación, no prescinde de la soledad, pero la deslocaliza del retiro.

Juan de la Cruz propone caminar, desplazarse, una laboriosa ociosidad. Invita a una mística cotidiana, con poco glamour pero tan auténtica y positiva que se vuelve fascinante. Ofrece una contemplación que es crear lazos, aprender a crear lazos verdaderos, auténticas redes para la más profunda vinculación, Juan propone la conexión. Sabe el Santo que entrando en este camino de relación se produce el alboroto de las imágenes de Dios y se presta para acompañar e iluminar para que no abandonemos en el desconcierto sino que nos abramos a una experiencia mayor, no cuantificable y no programable por nuestra parte.

Juan de la Cruz nos sugiere una nueva armadura para interpretar la partitura de la existencia, un re-sostenido: reconstruir, reparar, reponer, recuperar, reanimar, renacer en definitiva, ese *volver a nacer de lo alto* como ya apunta en la primera canción del Cántico «para renovar toda y pasar a una nueva manera de ser» (17) que es, sencillamente, ser en relación.

Todo esto pivota sobre el Evangelio, no podía ser de otra manera. En el tercer libro de Subida avisa que hay que «presuponer un fundamento, que será como un

¹ Cabe recordar, y aplicar a las tres virtudes teologales, lo que decía el teólogo protestante Kart Barth sobre la esperanza cristiana. Decía que ésta es lo más revolucionario que existe y que pone al hombre en el lugar que le corresponde, allí donde puede estar completamente intranquilo y completamente tranquilo.

báculo» y éste es «que la mayor honra que podemos dar a Dios es servirle según la perfección evangélica» (17, 2).

Una acotación

Por último, por si fuera necesario, porque el lenguaje es a veces resbaladizo, tomo la contemplación en el modo que me parece hace mayor justicia al pensamiento sanjuanista que es, además, lo que creo puede ofrecer actualmente mayor iluminación a cualquier persona que desea vivir su vida con cierta entidad: no sólo un grado de oración, no sólo una etapa en el camino hacia la unión de amor, un estado o una forma de oración sino, sobre todo, la vida desde un nivel más íntimo y personal, más libre.

En términos sanjuanistas, podría bastarnos recordar que la contemplación se inicia con «el paso que hay del sentido al espíritu» (L 3, 64), como acabamos de decir, en la decisión de que la existencia no sea anodina y vacua; pasar de la pura exterioridad, de los ámbitos dominados por el deseo de tener y de la apariencia a la órbita del ser. María Zambrano, en un trabajo sobre el Santo² describe este paso, quizás sin saberlo, con su habitual luminosidad y dice: «San Juan nos muestra... que hay un reino más allá de esta vida inmediata, otra vida en este mundo en que se gusta la realidad más recóndita de las cosas. No un abandono de la realidad, sino un internarse en ella, un adentrarse en ella, «entremos más adentro en la espesura».

Y aquí, aprovechémoslo siempre, podemos tomarnos de la mano creyentes y no creyentes y confesantes de distintas creencias. Porque para cualquier persona que desee vivir realmente, es apetecible esta ventana abierta a una libertad mayor y así, dice el Santo, otra vez en el tercer libro de Subida, que aunque no sea por su Dios, o sea, dejando aparte la condición creyente, hay tanto provecho en esta ruta de liberación, que merece la pena andarla porque «adquiere libertad de ánimo, claridad en la razón, sosiego, tranquilidad y confianza pacífica (en Dios)... adquiere más gozo y recreación en las criaturas... adquiere clara noticia para entender bien las verdades de ellas... las goza muy diferentemente, con grandes ventajas y mejorías... porque las gusta de verdad... porque penetra la verdad y el valor de las cosas» (20, 2) (cf. 3S 4, 2)

En definitiva

En definitiva, lo que intentamos es una lectura sanjuanista en movimiento, con estribos teologales y evangélicos, que toque la vida, que sirva realmente para vivir.

Para quienes somos cristianos, esta auténtica migración a la que somos llamados por el Dios de Jesús se hace a través de la fe. Y el Santo aproxima, hasta identificar, fe y contemplación³.

Oscura fe y oscura contemplación en muchos momentos, porque dejamos nuestro camino y nuestro modo «para entrar en lo que no tiene modo, que es Dios» (2S 4, 5).

1. CONTEMPLACIÓN NO ES ESO NI ESOTRO

Remover la visión clásica de la contemplación, más centrada en la intimidad, no es tarea fácil, pero Juan de la Cruz altera algunas de nuestras ideas sobre ella. Ideas que influyen directamente en nuestras experiencias más vitales y, por tanto, en nuestra vida entera.

El Santo utiliza mucho la expresión «ni eso ni esotro», la convierte casi en una *muletilla*. Veamos qué significa que contemplar no es eso ni esotro.

² M. Zambrano. *San Juan de la Cruz. De la «noche oscura» a la más clara mística. Senderos*, 192. Anthropos, 1986

³ Si la fe es el medio próximo y proporcionado «para que el alma se una con Dios» (2S 9, 1), la contemplación es noticia general, amorosa «en que se hace la unión» (3S 33, 5).

Aunque a Juan de la Cruz se le ha presentado algunas veces como un orfebre de vainicas espirituales⁴, pocas cosas están más lejos de él. Es más bien un maestro experimentado que conoce la necesidad del equilibrio ante la fuerza de la pasión, un artesano y probador de caminos que sirven para vivir porque, como diría él, lo que no sirve para eso ¿de qué sirve?

Dedicarnos, con o sin él, a adornos espirituales nos haría sentir rubor; sería, como diría Torres Queiruga, una 'piadosa desvergüenza'. Sería, además, desfigurar el camino sanjuanista porque en este caminar lo único realmente piadoso es ir uniéndose al Dios vivo, que vive para buenos y malos. Por tanto, encaminarse en fe (cf. 2S 22, 19), que es uno de los estribillos sanjuanistas, y vivir para quienes Dios vive.

En el famoso capítulo 7 del segundo libro de Subida, apunta que no carecer de eso ni de esotro, es decir, buscar «la golosina de espíritu», es «buscarse a sí mismo en Dios, lo cual es harto contrario al amor» (ib., 5). De modo que lo opuesto, «buscar a Dios en sí», es empezar a seguir a Cristo. Más adelante, el Santo definirá a Cristo como quien no hizo caso de sí (cf. 3S 23, 2) y avanzando, dirá que el amor «consiste en pasar de sí al amado» (C 26, 14).

Así pues, buscar a Dios en sí, no hacer caso de sí, pasar de sí al otro: esto es lo propio del amor, de un amor como el de Jesús. Ahí se traduce el «ni eso ni esotro», por aquí va todo el tema de la negación, de la necesidad de desnudarse⁵, de desposeerse de uno mismo y, sobre todo, el repetido intento del Santo de mostrar que no se trata de una reforma moral, que por ahí no se llega a la raíz, cuánto menos con cualquier tipo de reforma más externa.

Lo que quiero adelantar con esto que digo, y veremos con los textos del Santo, es que una contemplación que desenraíce de la existencia y del seguimiento no es tal; una contemplación que no haga mella en la vida es devaneo espiritual, cosa que llevó loco al Santo viendo cómo se perdía mucha buena voluntad por falta de luz y de esqueleto en las personas, por no comprender que «los subidos y altos y profundos misterios de Sabiduría de Dios que hay en Cristo» (C 37, 3) tienen camino en nuestras vías de carne y tiempo (cf. 2S 20, 5), las únicas que nosotros entendemos. Se trata de un camino de contemplación, de comunicación de Dios a nosotros que es al mismo tiempo (y el adverbio es esencial) este *ni eso ni esotro* y la «indecible transformación del alma en Dios» [«el alma está hecha Dios de Dios»] (L 3, 8). Es decir, es en el camino, a través de todo cuanto vivimos, donde se va realizando la comunión. No después, ahí mismo, en esa vía de carne y tiempo.

Este apunte pone algunas bases a la contemplación sanjuanista, conocidas sin duda, pero que reclaman siempre atención por nuestra parte.

Finalmente, debemos tener en cuenta si nos acercamos a los textos con el deseo de conocer, de disfrutar literariamente, o si nos acercamos desde el deseo de la experiencia, de gustar algo. A Juan de la Cruz sólo vamos a entenderlo realmente, cuando empecemos a levantar polvo caminando, haciendo la propia experiencia. Desde esta vertiente, sin una pasión de amor es muy difícil entrar en la obra del Santo.

Juan de la Cruz respondió, y sigue respondiendo, a la pregunta por la vida y el amor. Sigue respondiendo a la inquietud de si merece la pena adentrarse por el camino

⁴ La vainica es una labor de costura, de adorno, que se hace sacando hebras de la tela. Al hablar de un orfebre de vainicas quiero decir que el Santo se dedicaría, supuestamente, a hacer labrados con hebras espirituales, muy complicados y simplemente decorativos; es decir, presentaría una experiencia enrevesada, innecesaria y llena de recovecos.

⁵ En un sentido, sería bonito e iluminador releer estos puntos desde la *compasión impotente* de S. Weil: «Cualquiera que ame a Cristo y se lo imagine en la cruz debe experimentar un alivio semejante ante el impacto de la desdicha.» Simone Weil, *Escritos esenciales*, Sal Terrae, Santander, 1998, 84.

de la relación, de la fe, sin saber muy bien cómo ni por donde, por razón de un presentimiento más fuerte que muchas certezas, por intuir que hay unos brazos cálidos que rodean la existencia.

Juan, en efecto, responde al precioso, tal vez extraño, poema de José Hierro, en el que va preguntando al Santo si merecía la pena todo lo vivido y que termina diciendo:

Juan de la Cruz, dime si merecía
la pena padecer con fuego y sombra,
beber los zumos de la pesadumbre,
batir la carne contra el yunque, Juan
de Yepes, para esto... Vagabundo
por el amor, y huérfano de amor...⁶

Sí que merecía la pena, responde el Santo, y responde cantando *¡Oh dichosa ventura, oh noche dichosa!*, replica con un *andando enamorada*, con la experiencia vivida, y para nosotros escrita, de que toda deuda queda pagada.

2. CONTEMPLAR ES CREAR LAZOS: aprender a relacionarse

Quizás por aquí vaya la mayor subversión que Juan de la Cruz ofrece. Entendiendo la contemplación como un modo de andar en el que nos hacemos personas relacionables, es decir, vamos edificando una personalidad capaz de relacionarse desde la verdad, hacia la libertad y abierta al amor.

Y lo vamos haciendo en todas las direcciones, porque nosotros no somos como un queso en porciones hecho con pedazos de distinta calidad, de modo que podemos dar a Dios el mejor pedazo y a los demás una porción caducada o viceversa. Lo hemos dicho al principio, en este camino crecen a la par la tranquilidad y la confianza en Dios con el gozo y la recreación con las criaturas y lo creado, porque todo se gusta de verdad.

Basta leer en el tercer libro de Subida un texto de una claridad aplastante, que habla de un alma que está en este camino de libertad, y dice «porque entonces cuanto más crece este amor (el de los prójimos), tanto más crece el de Dios y cuanto más el de Dios, tanto más éste del prójimo; porque de lo que es en Dios es una misma razón y una misma la causa» (23, 1).

Estamos en el siglo de las redes, en un mundo hipercomunicado, quizás inflado. Tal vez sea una de las grandes contradicciones de hoy, mucha comunicación y poca relación, porque la comunicación no cala; muchos mensajes y apenas diálogo, muchas redes y mucha soledad a la vez. Un superávit que genera escasez. El Santo ofrece, en cambio, una sabiduría que es abundancia de corazón.

Cuando invita a entrar en la contemplación, está invitando y enseñando a crear lazos auténticos, a vivir en relación, a ser personas verdaderamente amigables. Sabe que contemplar es recorrer el camino de la comunicación pura, y pura significa libre, sin condiciones, sin restricciones, desinteresada. Y comunicación, por si la polución informativa ha conseguido desfigurarnos su significado, significa en primer lugar hacer partícipe al otro de lo que uno tiene. Pensemos, antes de ir más allá en el tema, que el Santo dice que la contemplación es «lenguaje de Dios al alma» (2N 17, 4), de modo que parece que todo se dirige a prepararnos para la comunicación, para la participación del misterio, o sea, para la relación más profunda, no para el vacío, ni la soledad ni la perfección, ni siquiera para el silencio, sino para la unión de amor que es plena relación.

⁶ José Hierro, Yepes Cocktail, *Libro de las alucinaciones*, Catedra, Madrid, 1986 (2ª)

[Pero recordemos que en nosotros nada se hace de una vez. Mientras vivimos, la plenitud, la contemplación pura que lleva a la unión de amor, se da con una existencia *tocada*, cada vez más tocada y más lanzada por una pasión. Una pasión que se purifica en la oscuridad para poder ser una pasión iluminada, para llegar a ser una relación iluminada.]

Veamos al menos un ejemplo de cómo a través de cuanto vivimos, si aceptamos la purificación, la noche que va iluminando, nos vamos haciendo relacionables en todas las direcciones. Cuando el Santo habla de los daños de poner el gozo en los bienes sensuales, de no enderezar el gozo a Dios, está hablando de una relación que todavía está descubriendo sus agujeros negros y, por extensión, las situaciones del mundo donde se da la muerte. Dice: «si el alma no oscurece», o sea, si no se deja llevar a la noche, si no acepta la purificación, acaba despreciando lo que Dios aprecia, y así «le nace asco de los pobres... –que es apartarse de Cristo– y poco rendimiento de corazón e insensibilidad espiritual... falta de caridad con los prójimos y los pobres» y, tremendo, la disposición para «hacer daño» (3S 25). Este pequeño capítulo, aparentemente oscuro porque alumbra la noche, descubre cómo el nudo de amor con Cristo y los demás se hace a la vez.

Vayamos paso a paso.

a. El primer lazo.

Alguien nos enseñó a calzarnos; alguien, casi siempre nuestra madre⁷, nos enseñó a hacer el lazo, el nudo de los zapatos. Los lazos que creamos en la vida no han nacido en nuestras manos, no son invención nuestra y todavía estamos aprendiendo a hacer lazos que no se desatan, que cada vez sean más fuertes. Somos fruto antes que semilla en la maravillosa paradoja de la vida⁸.

Los lazos entre Dios y nosotros tampoco nacen en nuestras manos, todo comienza con una llamada por su parte, con un Dios inclinado, anudando los cordones de nuestros zapatos, siguiendo la imagen, enseñándonos a hacer lazos con ÉL, con los demás, con todo. Un Dios con el que aprender a hacer «nudo de posesión de amor» (2N 24, 3), como dice el Santo.

De la primera canción del Cántico a la tercera de la Llama se despliega sin cesar la llamada, desde el «habiéndome herido» hasta decir que el Espíritu Santo es «el movedor que nunca pierde cuidado». Hay alguien, Dios, ocupado en decirnos amores que nos muevan. Nunca va separado lo uno de lo otro de la misma manera que Dios tampoco está hecho en partes. El amor mueve para el amor, para amar.

[En la dirección que hemos elegido, los textos del Santo son muy abundantes. En el importante paso del sentido al espíritu, que sólo se puede dar por una *voracidad amorosa*⁹, como diría María Zambrano, por mor de amor, si se me permite el juego.]

Podemos recorrer los textos desde el primer libro de la Noche, aunque ya en Subida había aparecido este «Dios obrero». Con gran claridad dirá, en los dos libros de Noche, que Dios nos toma la mano (cf. 1N 3, 3; 2N 16, 7) para guiarnos por donde no atinaríamos a caminar, Dios es el que hace. En Llama vuelve a insistir, diciendo que es Dios quien comienza todo en nosotros: «comienza Dios a recoger» (3, 43), «comienza a ponerla en contemplación» (ib., 32) y en ambos aparece un Dios activo, dispuesto,

⁷ En realidad, preferiría hablar del *espíritu materno* que cada quien haya tenido en su vida; a veces no coincide con la madre.

⁸ Carlos Díaz dice, con gran acierto, que «toda relación empieza con un vocativo». *Soy amado, luego existo*, I, 105. Desclée de Brouwer, Bilbao, 1999.

⁹ La voracidad es lenguaje enamorado, responde a la voracidad de Dios cuyo deseo es «comerla toda» (L 3, 63) «absorberla en sí»

deseoso, hasta decir que «la lleva Dios en sus brazos» (ib., 67) como a quien ya no le queda nada por hacer.

Con todo, hay que tener en cuenta cómo utiliza el Santo las preposiciones. En la primera canción de Llama, cuando dice que todos los movimientos de tal alma, del alma que se va adentrando por este camino, son divinos, dice «los hace Dios en ella con ella» (9). Y el 'en' no va sin el 'con'. Y, además, terminando el segundo libro de Noche, dirá que quien rehúse salir en la noche, a oscuras y con ansias de amor, no logrará hacer el nudo de amor, no aprenderá (cf. 24, 4) porque no se deja enseñar.

Finalmente, un aviso para navegantes: en la canción tercera, también de Llama, Juan de la Cruz aparece casi sobresaltado diciendo «¡oh almas! no os volváis al sentido» (65), es casi un grito, el aviso de que no está todo hecho porque, así hayamos hecho unos pinitos, ni siquiera si hemos hecho chopera, lo mismo da durante treinta que durante sesenta años, nunca nos quedamos fijos porque la vida no se detiene. El amor sólo reposa en la realidad y por tanto se mueve con ella, tanto más suavemente cuanto más profundo se ha hecho el lazo de unión, cuanto más adentro de la contemplación andamos. Pero el amor «nunca está ocioso sino en continuo movimiento» (L 1, 8)

b. Algunos verbos

Los verbos que utiliza Juan de la Cruz para referirse a la contemplación son sorprendentes. Caminar, mirar, tratar, recibir. Choca que los utilice como medio para realizar el verdadero silencio, el sosiego, la quietud. Sorprende que en esta actividad se despliegue la pasividad

Es posible que de vez en cuando surja en nosotros una cierta querencia al quietismo. La herejía quietista pretendía encontrar a Dios en un puro abandono pasivo, aislándose y quedándose quietos, de ahí lo de quietista, sin embargo, en Juan de la Cruz todo es movimiento

Su propuesta contemplativa es eminentemente cristiana. La pasividad, tan esencial a la hora de introducirse en la comprensión de esta contemplación, no significa en ningún caso un declinar responsabilidades, ni un diluir a Dios, ni un desdoblamiento íntimo entre el contemplativo y la persona de a pie que estamos llamados a ser, ya que ambos coinciden; no hay dos llamadas distintas sino una vocación fundamental de integridad.

Caminar. El Santo repite con frecuencia que la contemplación es un camino, por tanto, no hay otra: contemplar es caminar. Ya en el prólogo de Subida habla de camino de oscura contemplación (cf. 4).

Además de que enfocando de esta manera la contemplación, ésta se convierte en algo verdaderamente existencial, descubrimos también la pretensión del Santo y la tarea que hay en nuestras manos. Juan de la Cruz ha comprendido que lo que hay que hacer para andar este camino es «dejarse llevar por Dios» (ib.), caminar dejándose llevar.

«En este camino siempre se ha de caminar para llegar» (1S 11, 6) dice Juan, y detenerse o tirar la toalla es «caer de la alegría» (ib., 5), perderla. Nos está diciendo dos cosas: que no basta pasear un rato, que la experiencia de Dios no es un pasatiempo. Aquí aparece por primera vez el ejemplo del madero y el fuego y así como no basta un poquito de calor para encender el madero¹⁰ no basta darse una vuelta para andarse en esta transformación de amor. Y también nos está diciendo que adentrarse en este camino, con las inevitables intermitencias y la desigual intensidad con que andamos, es

¹⁰ El santo utiliza este símil para hablar de la *combustión transformante*, en palabras de Luce López-Baralt; sencillamente para expresar que el fuego del amor de Dios va transformando el alma en Dios, así como el fuego transforma en sí todo lo que va quemando.

ir experimentando que la compañía de Dios, la unión cada vez más profunda con él, riega la vida de una confianza que es fuente de alegría.

A veces es oscuro el camino, sobre todo porque «los pasos y pisadas que Dios va dando en las almas que Dios quiere llegar a sí... no se conocen» (2N 17, 8). Pero éste es un camino en que se recibe la noticia amorosa (cf. L 3, 32-36) y la experiencia, por oscura que sea en ocasiones, es que esta noticia va envolviendo en amor y dando cobijo; «ampara» dice el Santo, da fuerza para vivir, ilumina, infunde sabiduría. Los textos del Santo en este sentido son muy numerosos. En definitiva, la contemplación es camino, es esa *secreta escala* que «va guiando el alma a Dios» (2N 17)

Mirar es un verbo importante en la contemplación. Es sin duda más importante por la parte de Dios, principal mirador en los dos sentidos que podemos entender: él es principalmente el que nos mira, el que mira por nosotros y, en frase inagotable, el que al mirar ama (cf. C 31, 8). Es, además, el lugar vivo desde el que mirar el mundo, la vida entera.

Por nuestra parte, mirar es más bien una experiencia de asombro. Juan de la Cruz es un gran asombrado, un hombre sorprendido y maravillado; tal vez por eso dice que la contemplación es mirar, «abrir los ojos con advertencia de amor» (L 3, 33). Dicho esto, podríamos, si quisiéramos, terminar aquí de hablar. La frase es un compendio de vida. Cuando abrimos así los ojos, sucede lo que dice en el segundo libro de la Noche: «que mirará las cosas con ojos tan diferentes que antes, como difiere el espíritu del sentido y lo divino de lo humano» (9, 5).

Abrir los ojos con advertencia de amor es aprender a prestar atención. Es ir descubriendo que la mirada anula la distancia, nos implica. Es dejar de hablar de oídas, como Job, es decidirse a transitar este *Mirador* interior que tenemos para que se dé la experiencia, para sentirla y poder decir *ahora te han visto mis ojos* y el presentimiento empieza a ser presencia.

Este mirar, esta forma de mirar, nos manda aquella pregunta inquietante de Metz: ¿amamos o sólo creemos en el amor?¹¹ Porque mirar con advertencia amorosa es tener unos ojos avisados, que diría José M^a Mardones; avisados para que las sombras no vuelvan sombría la mirada y se incapacite para lo bueno, avisados por la *memoria passionis*¹²; después veremos que por ahí va el recogimiento sanjuanista.

Tratar. El Santo define la contemplación como un «trato más espiritual» (2S 17, 7) un trato al que nos cita Dios, vuelve él a insistir. Tratar habla de lo que dijimos aquí al principio, de comunicar, de relacionarse desde un nivel mejor. Quizás lo más bonito leyendo todo el capítulo 17 del segundo libro de Subida es ver cómo explica el Santo ese trato, esa relación, como un trato que va «desenrudeciendo» progresivamente, que va «poco a poco» (ib., 4) reformando, que enseña a «no poner los ojos en la corteza» (ib., 9), que lleva a descubrir el deseo de Dios y a «obrarlo», de modo que este trato toca lo profundo de la persona y lo hace emerger paulatinamente, nos va desencapotando para que dejemos pasar la luz, va iluminando para que el alma abra los oídos que tiene, que sólo se abren por amor (cf. L 1, 5).

Recibir es el último verbo que quiero resaltar. Dice el Santo que ya que Dios trata con nosotros en este camino con noticia sencilla amorosa, que también nosotros tratemos con él «en modo de recibir» esa noticia sencilla y amorosa (L 3, 34)

En este último verbo se encierra para el Santo el quid de la cuestión. En ese *hacerse cargo, sustentar, admitir dentro de uno mismo* se juega el camino deseado. Para nosotros recibir tiene connotaciones casi puramente pasivas, mientras que el significado

¹¹ Cf. J. B. Metz y E. Wiesel, *Esperar a pesar de todo*, Trotta, Madrid, 1996, 24.

¹² Que es el recuerdo constante de las cruces de que está sembrada nuestra humanidad (J. I. González Faus, Conferencia *Del nihilismo metafísico a la banalidad del mal*, 2009, UPV)

pleno de este verbo implica incluso la salida para encontrarse con otro que viene. El Santo sabe muy bien de qué habla y hasta dónde es tocada la persona que toma esta senda, cuando dice con una simplicidad impresionante que «la contemplación pura consiste en recibir» (L 3, 36)

Utiliza este verbo hasta la saciedad, desde el principio hasta el final del camino.

Ya al principio del primer libro de Subida, el Santo dice que se trata de «recibir el Espíritu de Dios en pura transformación» (5, 2) y cita al evangelista Lucas¹³, recordando las condiciones del discipulado, de modo que resulta inexplicable por qué a veces hemos desgajado al Santo del camino de Jesús, no entendiendo sus nada y aniquilaciones. Este camino de contemplación, de pura transformación, para llegar a la unión de amor que es ser hijos de Dios por el Espíritu que recibimos, es evangelio puro. Lo que hace el Santo es desgranar el camino, enseñar lo que sabe y ha experimentado.

c. Los lazos se dan entre personas

Los lazos, la amistad, los vínculos sólo se pueden dar entre personas. Pienso que esto invita a una afirmación: si hay algo que elimina la comunicación radicalmente, la posibilidad de relación, es el egocentrismo y el individualismo. La legítima autonomía e incluso la conquistada identidad, tesoro encontrado por cada uno con mucho esfuerzo a lo largo de la vida, pueden someternos a una terrible dictadura. El Santo advierte de ello de mil maneras.

El egocentrismo nos manda al peor exilio, al exilio de nosotros mismos y allí nos encierra. El individualismo por su parte predica la tolerancia y en realidad promueve la indiferencia, el olvido de que somos responsables los unos de los otros. De una u otra manera nos distraemos, el Santo lo señala nada más empezar el Cántico espiritual, en ese exilio te distraerás y te cansarás, no hallarás a Dios ni le gozarás (cf. 1, 8); así es como nos volvemos tristes y pesados, en palabras suyas (cf. 1S 10, 4).

Al Misterio con mayúsculas se accede así de humanamente. Con Juan de la Cruz se comprende que lo único que vuelve lógico esto es el camino de fe que, como dije antes, podemos identificar aquí con el camino de contemplación.

Con esto por delante, podemos decir que la contemplación es una experiencia sostenida, que se dilata continuamente, aquel «cuando come, duerme, vela, cuando hace cualquier cosa, todo su cuidado es en el amado» (2N 19, 2), todo su cuidado está en amar, en hacer de la vida *campo de amor*. En esa experiencia se van deshaciendo los lazos falsos y fugaces, los lazos quebradizos que prometen lo que nunca dan, lazos «que enlazan el alma y la detienen para que no salga de sí a la libertad de amor de Dios» (1N 13, 14). Habla el Santo del lazo del sentido que empaña nuestra vista y nos enturbia de tal modo que no logramos entrar de verdad en la relación. Es, simplemente, andar tras la espuma de la ola, dedicarse al mantenimiento de fachadas, es construir relaciones de hojaladre y hojalata.

Por otro lado, si los lazos se dan entre personas, si la relación se da entre dos: este Dios que tanto nos busca ¿qué recibe? ¿Somos nosotros un bien para Dios, una buena compañía o es un impasible que se basta y busca apáticos? El Santo responde en la declaración a la canción 13 del Cántico y pone en boca de Dios lo siguiente: «también yo, como el ciervo, herido de tu amor, comienzo a mostrarme a ti por tu alta contemplación, y tomo refrigerio en el amor de tu contemplación». Un Dios que se alivia y descansa con nosotros, que disfruta cuando le dejamos hacerlo, cuando así caminamos. La novedad ya la traía el lejano Isaías «se alegrará tu Dios contigo» (62, 5),

¹³ «Aquel de vosotros que no renuncia a todo lo que tiene, no puede ser discípulo mío». Lc 14, 33

contigo gozará y será feliz, pero el Santo pone el toque esencial de esa felicidad compartida y es la gratuidad.

Recordemos ahora ese importante texto en el primer libro de la Noche, cuando habla de quienes se buscan a sí mismos y quieren reducir el Misterio para manejarlo, y dice que «pierden la verdadera devoción y espíritu», o sea, el gusto de estar con Dios, de orar y de andar en las cosas que anda él, que consiste, sigue, «en perseverar allí... sólo por agradar a Dios» (6, 5-6). Sin gratuidad se deshacen las relaciones, «como la carcoma, que roe lo sano», cuando falta el corazón sencillo y sincero que mira por el otro, que busca agradar, cuidar y ayudar al otro (cf. 3S 35, 7-8)¹⁴.

Podemos decirlo así: la altísima contemplación es altísima gratuidad. Dios consigue mostrarse en esa alta contemplación, o por mejor decir, ahí reconocemos su visita, su presencia. Casaldáliga dio de lleno en el blanco cuando dijo que *el contemplativo es un productor de gratuidad*. Es necesario seguir releendo todo el proceso místico desde la gratuidad.

Un último apunte aquí. Recuerda el Santo que «el alma no tiene más de una voluntad» (1S 11, 6), si no está libre, no lo está para nada porque en el camino de la transformación la gratuidad florece en todas las direcciones. En la carta del 28 de julio de 1589 a la M. Magdalena, descalza en Córdoba, dice «el corazón, que es de uno, ¿cómo puede ser todo de otro?». Una de dos: o vivimos para nosotros o vivimos para los demás. Andamos un camino u otro, es decir, orientamos la existencia de una manera u otra.

d. El lazo que recoge

En el segundo libro de la Noche, dice el Santo que la contemplación absorbe al alma en interior recogimiento y que para templarse el alma para la unión, necesitaba ser absorbida en la oscura luz de la contemplación (cf. 8, 2).

Nosotros casi hemos dado la vuelta a la propuesta del Santo. Resulta que él nos presenta un camino para recuperarnos en lo mejor que tenemos: que somos seres hechos para la relación, para la comunión, para la amistad, para los lazos profundos y duraderos, fuertes y reconfortantes y nosotros, poco más o menos, traducimos que hay que desligarse de todo eso para unirse a Dios.

A veces hacemos de traductores simultáneos y rápidamente traducimos el *interior recogimiento* por recogimiento exterior. El Santo invitará a «escoger el lugar más apartado y solitario que pudieres» (3S 40, 2), evocando la recomendación de Jesús en el evangelio, pero le preocupa sobre todo otra cosa.

A Juan de la Cruz le interesa principalmente el lugar más apartado y solitario en el interior de la persona y así dirá que cuando el alma se deja llevar en este camino «le parece que la colocan en una profundísima y anchísima soledad» (2N 17, 6) para que pueda buscar en sí la «viva imagen... que es Cristo crucificado» (3S 36, 5). Este es el recogimiento tan querido por el Santo, «lo vivo del recogimiento» (ib., 41, 1), la persona divina que nos aguarda y nos está amando, eso es lo que nos recoge, la *memoria passionis* que decíamos antes. Y así dice que la contemplación absorbe hacia dentro, hacia lo vivo, para templar, para sosegar, para unir a través de este camino interior, de modo que el lazo que recoge es el lazo que libera.

¹⁴ Sin conocer al Santo, bien entendió esto Etty Hillesum cuando oraba así: «con cada latido del corazón tengo más claro que tú no nos puedes ayudar sino que debemos ayudarte nosotros a ti y que tenemos que defender hasta el final el lugar que ocupas en nuestro interior... Te traeré todas las flores que encuentre por mi camino, que son realmente muchas. Estarás lo mejor posible conmigo.». *Diario de Etty Hillesum*, Anthropos, Barcelona, 2007, 143

Hemos hablado de oscura luz de contemplación; la luz es oscura porque en esta experiencia se va deshaciendo lo que «impide ir a lo vivo»¹⁵. Después, poco a poco, va escampando, convirtiéndose en una experiencia suave y amigable (cf. 2N 9, 10) que así es como progresivamente va presentando el Santo este camino de contemplación, hasta llegar a decir, terminando el Cántico espiritual, «mi alma está ya desnuda... y tan adentro entrada en el interior recogimiento contigo» (C 40, 2). La oscuridad y la suavidad se alternan a lo largo de este camino en el que la presencia que nos recoge, que nos ata con lazo de amor, nos va soltando, haciendo libres.

Dirá después, comentando la tercera estrofa de Llama, que «la contemplación deja bienes impresos» (40) o sea, lazos fuertes, hechos con «hilo de amor» como dice en el Cántico (31, 1) un hilo que junta, transforma y hace uno por amor. Lazo que da anchura de corazón (cf. 3S 20, 2), que no oprime. Estos bienes son la persona nueva que nace a lo largo del camino, una persona amigable, amable, auténtica en su trato con los demás. Una persona que hila en la vida con hilo de amor.

4. CONTEMPLAR ES PRENDER SIN HACER PRESA

No hay lugar para ser exhaustivos en cuanto a las cosas que el Santo va apuntando para *entrar en camino*, para vivir contemplativamente, y tampoco hay necesidad de ello para entender su invitación. El Santo acumula elementos para iluminar lo más ampliamente posible, para que cada quien se sirva según su capacidad, necesidad y momento.

Si la acumulación no estuviera al servicio de la iluminación, habría que decir que la experiencia a la que invita es la de la mística descorazonadora o de la contemplación de la derrota, mientras que es al revés, es la contemplación posible a la que el Santo invita. Lo posible es muy atractivo pero, al mismo tiempo, inquieta mucho más algo sencillo y viable que algo inalcanzable o lleno de entresijos extraordinarios, porque lo posible hace que queden al descubierto las intenciones del corazón (cf. Lc 2, 35).

Prender sin hacer presa es una de las ideas esenciales sanjuanistas en este viaje contemplativo.

El Santo dice, repetidamente, que la contemplación de que hablamos es infusa, que es «infusión secreta, pacífica y amorosa de Dios» (1N 10, 6). El *infusor* es Dios, que por este camino de contemplación [u otro, porque el Santo, lo repito, ni ata ni se ata a sí mismo] emborracha de amor, o sea, abre de par en par las venas del misterio de amor para que nos sumerjamos (cf. L 3, 50). Bien, pues dice el Santo que en la contemplación prende en nosotros el amor (cf. 2N 11, 1); si además dice que es noche y penosa esta infusión que por otra parte es pacífica, amigable y amorosa es porque para no hacer presa, es necesario escalar hacia abajo, y para nosotros esto es algo muy costoso. Insiste de muchas maneras en Subida y en Noche de lo duro que puede llegar a ser desencostrarnos, recorrer este camino. Y aunque sobrecoge, más que leerlo el ir experimentado cómo realmente es así, el Santo llega a decir que la contemplación infusa, este camino que hace que el amor prenda en nosotros, «aniquila todo lo que a ella es contrario» (2N 7, 6) para ayudarnos a no hacer presa.

Aquí hubo otro error de traducción simultánea, pienso que felizmente superado, cuando en vez de entender que había que trabajar sobre lo que impide vivir, sobre los deseos desorientados, sobre el afán desmedido o las inclinaciones que acababan produciendo chepa y ojos bizcos, entendimos que había que cargarse a la persona, devastándola, y reduciéndola a la tan desdichada nada.

¹⁵ Basta el ejemplo de 3S 15, 2, donde habla sobre las imágenes: «que no impidan ir a lo vivo, haciendo en ello más presa de la que basta para ir a lo espiritual». Éste es el criterio.

Si recorremos en los evangelios las parábolas de Jesús, veremos que no nos dejan asentar, que Jesús muestra un Dios tan próximo como poco manejable por nosotros. Podría servir de resumen la parábola de los trabajadores de la viña cuando Jesús pregunta: *¿es que tienes envidia porque yo soy bueno?* Porque, para nosotros, el Dios todo bondad, todo amor, siempre es novedad. Anda fuera de nuestros mejores reglamentos y no permite, que es a donde quiero llegar, «hacer archivo ni presa» (3S 2, 14), sino que nos pone siempre ante a una experiencia nueva y mayor.

Por tres veces alude el Santo a la parábola del fariseo y del publicano, pero en otras ocasiones la deja entrever en sus comentarios. Me parece interesante porque conecta muy bien dos cosas inseparables: la fe, como un amor que prende, como experiencia de vida, no como un conjunto de verdades, por muy queridas y deseables que éstas sean, por muy eficaces que pudieran resultar, y el amor a los demás como la forma connatural de vivir esa experiencia, de no hacer presa, por tanto el desprender, desatar, desapropiar, podemos seguir hasta donde queramos. Y así, después de haber comentado la parábola, dice que de la humildad espiritual nace el amor al prójimo (cf. 1N 12, 8).

Hay una lógica profunda, que da cohesión, en todo el sistema sanjuanista y que asoma constantemente. Recordemos que el primer fruto de la contemplación es el conocimiento propio (cf. 1N 12, 2) por tanto, la verdad de nosotros, la auténtica humildad; recordemos también que la contemplación, como hemos ido viendo, es ser absorbidos en el recogimiento interior, y que lo que recoge es este Tú que nos ama, o sea, el saberse amado. De un saberse amado en la verdad de lo que somos sólo puede nacer amor y viceversa, el amor sólo puede nacer de esa experiencia.

Volviendo a la parábola, sus personajes nos sirven para iluminar nuestra situación o posición ante la experiencia a la que somos invitados, cómo vamos aceptando y reconociendo la intervención de Dios en nuestra vida. En el cómo nos resistimos o dejamos llevar por Dios se va definiendo una existencia contemplativa.

Tenemos en nosotros un pequeño fariseo que no es, ni mucho menos, algo despreciable que haya en nosotros. Por el contrario, hace que funcionemos positivamente en muchos campos de nuestra vida. Hablamos no del fariseo que podríamos llamar extremista, sino del buen judío fariseo que todos llevamos dentro. Ese fariseo cree en la misericordia de Dios, cree que Jesús es tolerante, bueno y comprensivo. Cree en la conversión, en el perdón y en la llegada del reino de Dios, en la reinsertión de los alejados...pero todo ello por los caminos establecidos por la ley, o sea, por el camino de un cambio interior que nosotros hacemos.

Todos nosotros creemos que Dios nos ama incondicionalmente. Pero nuestro pequeño fariseo sabe (nos dice) que es necesaria una terapia de reconocimiento interior, una conducta adecuada, un reajuste de tuercas, un recentramiento afectivo, un...y esto, bueno en sí mismo y hasta necesario, termina por endurecernos, por privarnos de la experiencia totalmente gratuita porque lo acabamos convirtiendo en la condición necesaria para que se dé la experiencia, para sentirnos amados. La gratuidad nos resulta aterradora. Tenemos un buen fariseo que nos salva de este terror. No hemos de matarlo, sólo dejarle abrirse al verdadero Reino de Dios.

Nos interesa descubrir a nuestro pequeño fariseo porque él va haciendo costra sobre la herida de amor que Dios hace continuamente en nosotros, impidiéndonos la experiencia continua y cotidiana del Espíritu de Jesús.

En palabras del Santo, es la persona que ya ha ido dando pasos, enderezando y encaminado a Dios el gozo y está algo crecidilla (cf. 1N 8, 3) pero que mide a Dios consigo y no a ella con Dios (ib., 7, 3), que acaba por hacerse «dueña de la virtud» (ib., 5, 2) hasta llegar a ofenderse de la cruz (ib., 4).

Jesús se enfrentó a la dureza de los fariseos, no a lo bueno que tenían. Una dureza que hace costra y nos lleva a vivir acorazados, es decir, con desconfianza, sin libertad, sin esa confianza que no necesita escudo de seguridad ni siquiera en las cosas buenas que hacemos. Porque por ahí, al final aparece el miedo, el desencanto del que experimenta que las matemáticas no funcionan y vamos haciendo costra, callo. Y está claro que esto desemboca en el endurecimiento hacia los demás porque los callos no tienen sensibilidad.

El Santo acaba diciendo de este buen fariseo que «no se contentado con eso ni con esotro, llegan a enojarse y a envidiar...» (3S 28, 3). La envidia es la antesala del resentimiento¹⁶, de modo que me pregunto si la falta de alegría que a veces padecemos y padece nuestra iglesia, la tonadilla con resabio resentido que a veces sale, no tendrá algo que ver con esto.

Ahora miremos al publicano que también hay en nosotros. Justamente por éste no damos ni un chavo. A primera vista es lo más insalvable que tenemos. Pero este publicano nuestro tiene una increíble sensibilidad para percibir el paso de Jesús en la vida, y a la más leve invitación cae de bruces porque su mayor deseo es ser acogido y no se avergüenza de ello. Sabe que no se basta, que no tiene todas las respuestas necesarias, que no es tan puro ni tan bueno, conoce su necesidad.

Esto suena bonito, pero nosotros rechazamos fácilmente al publicano. Nos interesa descubrirle y hay una serie de actitudes que nos lo revelan y nos permiten hacer su experiencia. Las apunto muy rápidamente, siguiendo el segundo libro de Noche: un conocimiento propio que va ganando en profundidad (cf. 2N 10, 2) y una inseguridad confiada (cf. 2N 7, 3); al publicano solemos descubrirlo a través de un apagón existencial que toca las fibras más íntimas. Fijémonos que el Santo dice que la purgación contemplativa es pobreza de espíritu (cf. 2N 4, 1), y que ésta despierta el deseo más profundo, el del origen, el de la acogida incondicional que pide el publicano.

Este publicano es el encargado en nosotros de quitar las postillas. Nos sangra un poco y por eso a veces le rehuimos, nos expone, pero no hay alegría más profunda que la de volver del templo justificado (como volvió el publicano tras su oración), no hay alegría más profunda que la de verse perdonado de antemano y sin más, sin la imposición de una conversión consecutiva. O sea, perdonado y de nuevo perdonado, suceda lo que suceda, amado y de nuevo amado, aunque yo siga cobrando impuestos a los demás. Esta experiencia es la que convierte nuestra vida definitivamente en servicio de amor. Entonces sí sucede lo que sucedió a Zaqueo, restituimos multiplicando por cuatro a favor de los demás. Ahí empezamos a intuir y a saborear que devolviendo esta vida recibida, se gusta ese «que a vida eterna sabe, y toda deuda paga» (L 2, 22); y ahí comprendemos lo que dice el Santo: que en la secreta escala de la contemplación el bajar es subir, y el subir, bajar (cf. 2N 18, 2).

Con otro lenguaje, evidentemente, esta es la experiencia propuesta por Juan de la Cruz. Y funciona en espiral; cuando levantamos una costra reconociendo que somos llevados, que todo cuanto hacemos es fruto y sólo fruto de lo recibido, del amor regalado gratuitamente, de haber sido heridos, se desata todo imparablemente. Ahí permanecerá el Santo acompañando, para que logremos seguir adelante porque al principio, como tan gráficamente dice, «todo es subir y bajar» (ib., 3) sin poder ver la obra que Dios hace (cf. 1N 12, 1)

Según Juan de la Cruz así es como se nos abren los ojos y prende el amor, así andamos en la contemplación que él dice: «sólo con advertencia amorosa...

¹⁶ Rojas E. citado J. A. Marcos, *Un viaje a la libertad. San Juan de la Cruz*, EDE, Madrid, 2007 (2ª), 137

pasivamente, sin hacer de suyo diligencias, con la advertencia amorosa simple y sencilla, como quien abre los ojos con advertencia de amor» (L 3, 33).

5. LA CONTEMPLACIÓN: UN CAMINO PARA TODOS, UN CAMINO PARA HOY.

La gran subversión del cristianismo respecto a sus fuentes judías consiste en presentar la sabiduría, no como un privilegio de unos pocos o de un pueblo elegido, sino en afirmar que la salvación es para todos; la propuesta de san Juan de la Cruz sigue esa estela: es para todos.

El Santo, en su jerga, dirá simplemente que habla a principiantes y a aprovechados. No todos, ni mucho menos, van por camino de contemplación, lo advierte el Santo (cf. 1N 9, 9) pero él no habla, al menos no sólo, a las elites espirituales e intelectuales, no las elude pero Juan no está hecho para minorías selectas (yo misma soy la prueba fehaciente...).

En este sentido, habría que matizar al gran espiritual del siglo pasado que es Thomas Merton cuando, precisamente intentando explicar la contemplación propuesta por el Santo, decía que raramente un cristiano llegaba a la contemplación que éste propone y enseña. Pienso que Merton se matizó a sí mismo en otros escritos y que, en realidad, él encarnó otra forma de entender la contemplación, mucho más próxima a la propuesta por Juan de la Cruz de lo que se puede intuir al leer sus artículos sobre dirección y contemplación (dos cosas que también para el santo iban muy ligadas).

En todo caso, no hay más que ver la experiencia que tuvo con él Ernesto Cardenal en la Abadía de Getsemaní, que le llevó a decir que con Merton aprendió que no había más vida espiritual que la propia vida. Algo así dice Juan de la Cruz: para cada uno de nosotros no hay otra vida contemplativa que la propia vida, quiero decir, otro lugar en el que ser contemplativo. En ningún caso se trata de una serie de añadidos lo más piadosos posible o esotéricos, o de salirse de los engranajes naturales a socapa de espiritualidades que en realidad no se sostendrían.

Esta contemplación es posible para todos por la sencillez del camino. No hay que hacer nada extraordinario –y cada día estoy más convencida de que el fenómeno más extraordinario, por no decir paranormal, es el movimiento de la gratuidad en las personas, esas vidas *tocadas* que rezuman compasión concreta y cotidiana–.

Volviendo a la sencillez, el Santo habla de ella con frecuencia, llega a decir que la «falta en la sencillez de la fe es insufrible» (3S 43, 1); habla de la sencilla contemplación con que Dios se comunica y trata con nosotros, en casi todas sus obras¹⁷. Juan descomplica, palabra que por el momento no existe en nuestra lengua, quizás porque no somos buenos descomplicadores. Sabe que «un poquito de esto que Dios obra en el alma en este ocio santo y soledad es inestimable bien, a veces mucho más que el alma ni el que la trata pueden pensar. Y, aunque entonces no se echa tanto de ver, ello lucirá a su tiempo» (L 3,39) por eso no prepara una lista de resultados fijos que haya que cubrir, ni una serie de tácticas y reglas, para desesperación de espíritus concertados, sino que pide hábito y perseverancia, paciencia y saber estar, pide no ahogar el fuego de ese ansia en amores inflamada por pequeñito que sea. «Aprenda a estarse con advertencia amorosa en Dios... aunque le parezca que no hace nada» (2S 15, 5). Ése es su consejo. «Confíen en Dios, que no deja a los que con sencillo y recto corazón le buscan, ni los dejará de dar lo necesario para el camino, hasta llevarlos a la clara y pura luz de amor» (1N 10, 3).

Me gusta decir que la contemplación únicamente no es apta para periféricos y nostálgicos. Ser periférico es simplemente andar bordeando el núcleo sin entrar en él,

¹⁷ 1N 9, 8; C 26, 17; L 3, 34

pero me hago cargo de que la segunda expresión resulta ambigua porque nosotros somos seres esencialmente nostálgicos. Seguramente estamos aquí reunidos porque hay en nosotros, como rezaba el título de un precioso volumen dedicado a Martín Velasco, nostalgia de infinito. Incluso, como decía alguien que no recuerdo, a veces la nostalgia de Dios del ateo es tanto o más profunda que la fe de algunos creyentes. De modo que hay una nostalgia que de alguna manera nos es constituyente.

Pero a lo que me refiero con la nostalgia es a que el camino de contemplación en propuesto por Juan de la Cruz, es un camino de una flexibilidad tan radical que más bien produce cierto vértigo porque no permite el recuerdo, la memoria que encadena. Basta ver, por ejemplo, cuando comenta las profundas cavernas del sentido en Llama y dice: «De donde en este tiempo totalmente se ha de llevar el alma por modo contrario del primero» (3, 33). El santo aplica este consejo en un momento concreto de la etapa, pero nos sirve para comprender cómo articula el camino entero; la vida sigue su curso, no para, es inútil y estéril andar aplicando siempre las mismas técnicas o maneras de hacer.

En seguida veremos la atrevida sugerencia que con esto hace el Santo. Pero antes podemos ver que hay una invitación a la esperanza y una propuesta de paz.

Hay esperanza porque la puerta de acceso para caminar la contemplación es realmente franqueable por todos los que deseen hacerlo, porque no se trata sino de amar. Toda la obra del santo está transida de amor, por eso está capacitado para conducirnos al propio arcano, a las dimensiones más profundas de nuestro ser, y puede también acompañarnos a rozar la gloria de una experiencia posible, para que tengamos la certeza de que todos, siquiera un poquito, podemos hacer un poco más contemplativa nuestra existencia. Y así, dice en la primera canción de la Llama: «De manera que para que el alma esté en su centro, que es Dios,...basta que tenga un grado de amor, porque por uno solo se une con él por gracia» (L 1, 13).

Es también un camino de paz porque nada evita mejor la violencia, al menos un tipo de violencia, que el no estar afincado, no tener necesidad de atrincherarse ni de defenderse. Y la convicción de no tener que imponer un esquema determinado para vivir la fe, para realizar la existencia en relación con Dios.

Hay una propuesta concretísima de paz en este caminar sin hacer presa porque nos ayuda a aceptar la inevitable tensión que trae la diferencia, pero también su riqueza, en el pluralismo de la vida¹⁸. No pretender reducir al otro, haciéndolo como yo, para poseerlo en definitiva. La contemplación, la relación auténtica (en singular y plural) va librando de ese afán (cf. 2N 16, 10).

Éste es el caminar que Juan de la Cruz nos propone y propone a la Iglesia. Huelga decir que la flexibilidad de la que estamos hablando dista del relativismo cuanto dista la tolerancia de la indiferencia, como decíamos hace un momento. Es de una seriedad tan profunda que, como dije antes, periféricos y nostálgicos abandonan pronto el barco en busca de otras aguas.

Lo que el Santo sugiere a los *espirituales* (a los seguidores de Jesús) y la palabra honda y revulsiva que nos ofrece a todos como Iglesia, como comunidad e institución, es esta flexibilidad, esta libertad que deberíamos tomar como una palabra inspiradora y por tanto potenciadora de algo bueno y nuevo.

Atendiendo al contexto histórico en que escribe Juan de la Cruz¹⁹, vemos que existía entonces una gran saturación de doctrinas y prácticas; el Santo advierte que estos convencionalismos ya no son capaces de acompañar en la fe, de inspirar nada, de

¹⁸ Cf. I. Gebara, *El rostro oculto del mal*, Trotta, Madrid, 2002, 106

¹⁹ Cf. F. Ruiz, *Místico y maestro. San Juan de la Cruz*, EDE, Madrid, 1986, 54-56.

transformar algo en los creyentes ni con la mejor de las voluntades. Nuestro momento no está muy lejos de esto.

Uno de los principios fundamentales del sistema sanjuanista es el libre desarrollo interior, no hay formatos estipulados. Dios trata con nosotros, obra, «como ve que conviene al alma» (2S 17, 4). Los caminos no están diseñados de antemano. Sólo se dibuja la seriedad del seguimiento en las bienaventuranzas, recordando, como dice comentando una de ellas, que «la bienaventuranza no se da por menos de amor» (2N 12, 1).

Es un buen consejo para nuestros tiempos, en cada momento hay que aplicar lo necesario, hay que discernirlo y no moverse por la fuerza de la costumbre o ni siquiera por lo que en otros momentos funcionó. Vale para la vida de oración, vale para el culto, vale para el servicio en la sociedad y vale para la forma de aplicar la doctrina u ofrecerla; vale para entender que el depósito de la fe se parece más a los juncos que a las lanzas, puede mecerse sin quebrarse, no es rígido²⁰.

Para quienes somos cristianos, Juan de la Cruz se ofrece como fuente de inspiración: ¿no seríamos, en medio de tanta noche, un poco de luz? ¿No daríamos, allí donde estamos cada uno, algún consuelo y energía en medio de la inanición humana? ¿Qué Iglesia seríamos desde estos parámetros? ¿No podría una Iglesia más contemplativa ser un signo más activo de esperanza, de sentido y de paz? ¿No acompañaría mejor? ¿No tendría una fuerza diferente a la que da el poder y una autoridad capaz de cobijar la infinidad de rostros que ha adquirido la intemperie humana? Renacería una nueva forma de relacionarse en su interior, otro modo de comunicación y de trato, crearíamos otros lazos mejores hacia fuera.

CONCLUSIÓN

Superada la fase en que a este hombre que repetía la palabra *todo* con exagerada frecuencia²¹ se le llamaba el doctor de las nadas, creo que para casi todo el mundo que se ha acercado con seriedad a la obra de Juan de la Cruz, es manifiesto que es un hombre en quien se ha dado con plenitud una relación a la que todos estamos llamados, y que su obra tiene un valor universal para enseñar y acompañar o al menos ayudar en el camino y en la comprensión de las relaciones del hombre con Dios y de Dios con el hombre.

Creo, además, que el Santo muestra en su obra que es un gran conocedor del ser humano y, pese a que está menos explorado, creo que su obra es todo un camino de aprendizaje en las relaciones humanas por ser un camino en el que la persona aprende a ser persona en relación.

Juan de la Cruz pretende que la persona que se ha decidido a tener relación con Dios sepa qué es relacionarse y cómo puede llegar a ser una persona capaz de relación, de la mayor y mejor relación, que por ahí transita la mística, en la comunicación, en la amistad, porque ha visto que los amigos de Cristo parece que no lo conocen (cf. 2S 7, 12), parece que no les va bien la relación.

[Juan no ha hablado de todo, ni lo ha pretendido, pero me parece que siguen quedando facetas por rastrear en este hombre apasionado por Dios, a quien le quema la

²⁰ Merece la pena releer estas palabras de D. Bonhoeffer, que parecen recién escritas: «Hoy día parece muy difícil caminar por el estrecho sendero de las decisiones eclesíásticas manteniéndonos simultáneamente en la inmensidad del amor de Cristo para con todos los hombres, en la inmensidad de la paciencia, de la misericordia, de la ‘filantropía’ de Dios (Tit 3, 4) para con los débiles e impíos; sin embargo, ambas cosas deben permanecer unidas, o de lo contrario marcharemos por caminos humanos». *El precio de la gracia*, Sigüeme, Salamanca, 1986, 12.

²¹ Ahí están los versos al pie del dibujo del Monte: «Modo para venir al todo; Modo de tener al todo; Modo para no impedir al todo; Indicio de que se tiene todo»

humanidad. A lo largo de sus escritos se ve, al supuestamente impasible fraile, agitarse inquieto, preocupado por sus semejantes, no lo oculta, y se esfuerza en ofrecer la luz de su experiencia para ayudar a quien pueda en lo que pueda. Humilde e inmensa pretensión, al Santo le mueve a escribir la necesidad concreta que ve²².]

Tenía mucha razón Ana Frank cuando decía que «preocuparse por las relaciones entre la gente es un requisito para la recuperación moral del mundo»²³. Preocuparse por las relaciones. Esta preocupación late en la propuesta contemplativa de Juan de la Cruz porque la contemplación es, como hemos mostrado, relación entre personas.

De modo que esta contemplación, que es «lenguaje de Dios al alma, de puro espíritu a espíritu puro» (2N 17, 1) o sea, desde la verdad más profunda de cada uno y no conversaciones en el éter, es el camino de una experiencia donde «no sólo queda el alma enseñada a amar, más aún hecha maestro de amar, con el mismo maestro unida» (CA 37, 3). Si Dios, con su lenguaje de amor, no puede dejar de comunicarse y siempre es comunicación a los hombres (cf. L 3, 36) ¿qué otra cosa puede ser y hacer quien anda uniéndose a Él? ¿No nace así la comunión-comunidad? Cuando «todas las cosas de los dos son comunes a entrambos» (C 28, 1).

Juan de la Cruz muestra un caminar contemplativo y da la mano para acompañar al Misterio. Acompaña para «aspirar en Dios la misma aspiración de amor que el Padre aspira en el Hijo y el Hijo en el Padre» (C 39, 3) y muestra que ese es el camino en que podemos hacernos «agradables a Dios y a los hombres» (3S, 29, 5), o sea, un camino para aprender a relacionarse y resumido en una frase muy conocida de santa Teresa, a quien el Santo le abriría rápidamente la puerta: «cuanto más santas, más conversables». Cuanto más se adentran en el misterio, mejor tratan con todo lo humano y viceversa. De modo que lo que no es amor, y lo que no engendra caridad y humildad, no le sirve a Dios ni le vale nada (cf. 3S 30, 5), dice el Santo, pero también dice que es «de ningún valor y provecho para el hombre» (3S 17, 2).

Podemos acabar ya, recordando esa tantas veces malentendida pero preciosa estrofa del Cántico:

Pues ya si en el ejido
de hoy más no fuere vista ni hallada,
diréis que me he perdido;
que, andando enamorada,
me hice perdidiza, y fui ganada.

Donde el Santo expresa que en este camino contemplativo entra quien «tiene gana de que la ganen», quien andando se enamora porque sin amor nada gusta a Dios (2N 21, 10; C 27, 8), quien va comprendiendo que «hacerse perdidiza» es tener «ánimo de amor», es redescubrir la libertad personal, íntima y total, para la relación (cf. C 27, 6).

Toda la canción es una profesión de amor y gratuidad, y sin esto es incomprensible. Es la profesión del contemplativo, del caminante que camina, que va llegando a «lo vivo del amor de Dios». (cf C 29)

²² Cf. E. J. Martínez, *San Juan de la Cruz: Transformación mística y compromiso ético*, Universidad Pontificia Comillas, Madrid, 2006, 272-273

²³ Cf. R. Feldhay, *Resistencia ante el holocausto*, Narcea, Madrid, 2005, 28